

hasta que llegase á ser formidable por sí mismo. El poeta llegó á su casa en medio de un desaliento que le llevara al suicidio si la acción hubiese seguido al pensamiento, y después de haber visto á Coralia en la cama, pálida y enferma, oyó que Berenice le decía:

—¡Un papel, ó se muere!

Luciano empezó á vestirse para ir á la calle de Mont-Blanc á casa de la señorita de Touches, que daba una gran velada á la cual debían asistir Blondet, Lupeaulx, Vignón, la señora de Espard y la señora de Bargetón.

En la velada tomaban parte Conti, el gran compositor, que poseía una de las voces más célebres fuera de la escena, la Cinti, la Pasta, García, Levaseur y dos ó tres voces ilustres del gran mundo. Luciano se deslizó hasta el lugar en que estaban sentadas la marquesa, su prima y la señora de Montcornet. El desgraciado joven afectó un aire ligero, contento y feliz, bromeó, se presentó como si estuviese en sus días de esplendor, fingió no tener necesidad de apoyos y habló de los servicios que hacía al partido realista, servicios cuyo valor demostraban los gritos de odio que lanzaban los liberales.

—Por ello será usted espléndidamente recompensado, amigo mío,—le dijo la señora de Bargetón dirigiéndole una graciosa sonrisa.—Vaya usted pasado mañana á la cancellería con Chatelet y Lupeaulx, y allí encontrará usted la real orden firmada por el rey. El ministro la llevará mañana á palacio; pero habrá consejo y saldrá tarde; sin embargo, si yo supiese algo antes, le enviaría á usted recado á su casa. ¿Dónde vive usted?

—Ya vendré yo—respondió Luciano, avergonzado de decir que vivía en la calle de la Luna.

—Los duques de Navarreins y de Lenoncourt han hablado de usted al rey—repuso la marquesa,—alabando su abnegación completa y diciendo que ésta exigía una brillante recompensa, á fin de indemnizarle de las venganzas del partido liberal. Por otra parte, el nombre y el título de los Rubempré, á los cuales tiene usted derecho por su madre, llegarán á ser ilustres en su persona. El rey ha dicho á Su Grandeza esta noche que le pusiese á la firma una real orden autorizando á D. Luciano Chardón para llevar el nombre y el título de los condes de Rubempré, en su calidad de nieto, por parte de su madre, del último conde.

Luciano se sintió emocionado de un modo que hubiera enternecido á cualquiera otra mujer que no hubiera estado tan ofendida como lo estaba Luisa de Espard de Negrepe-lisse. Cuanto más guapo veía ésta á Luciano, mayor era su sed de venganza. Lupeaulx tenía razón: Luciano no tuvo tacto, y no supo adivinar que la real orden de que le hablaban era sólo una broma de las que sabía dar la marquesa de Espard. Alentado con este éxito y con la halagüeña distinción de que le daba pruebas la señorita de Touches, el poeta permaneció en casa de ésta hasta las dos de la madrugada para poder hablarle en secreto. Luciano había sabido que la señorita de Touches era la colaboradora secreta de una pieza en la que debía tomar parte la gran maravilla del día, la pequeña Fay. Cuando los salones estuvieron desiertos, llevó á la señorita de Touches á un sofá de su gabinete, y le contó de una manera tan conmovedora la desgracia de Coralia y la suya, que aquella ilustre hermafrodita le prometió dar á Coralia el papel principal.

Al día siguiente de aquella velada, en el momento en que Coralia, consolada con la feliz promesa de la señorita de Touches á Luciano, volvía á la vida y almorzaba con su poeta, éste leía el periódico de Lousteau, en el cual se relataba la epigramática anécdota inventada acerca del ministro y de su mujer. La maldad más negra se ocultaba bajo el ingenio más incisivo. El rey Luis XVIII era sacado á escena admirablemente y ridiculizado sin que los tribunales pudieran intervenir. He aquí el hecho, al que el partido liberal procuraba dar apariencias de verdad, pero que no ha hecho más que aumentar el número de sus ingeniosas calumnias.

La pasión de Luis XVIII por una correspondencia galante y perfumada, llena de madrigales y de chispa, se interpretaba allí como la última expresión de su amor, que llegaba á ser doctrinario. Según se decía, pasaba del hecho á la idea. La ilustre querida, tan cruelmente atacada por Beranger bajo el nombre de Octavia, había concebido los más serios temores. La correspondencia languidecía, y cuanto más ingenio desplegaba Octavia, más frío é indiferente se mostraba su amante. Octavia había acabado por descubrir la causa de su desfavor: su poder estaba amenazado por las primicias de una nueva correspondencia del regio escritor con la mujer del ministro. Esta excelente mu-

jer, reputada de incapaz para escribir una carta, tenía que ser pura y sencillamente el editor responsable de una audaz ambición. ¿Quién podía ocultarse bajo sus faldas? Después de algunas investigaciones, Octavia descubrió que el rey mantenía correspondencia con su ministro. Su plan quedó formado. Ayudada por un amigo fiel, Octavia retiene un día al ministro en la Cámara mediante una discusión borrascosa, y se procura una entrevista con el rey, en la cual subleva el amor propio de éste mediante la revelación del engaño. Luis XVIII entra en un acceso de regia y borbónica cólera, estalla contra Octavia, y duda; Octavia le ofrece una prueba rogándole que escriba en seguida cuatro letras que exijan una contestación inmediata. La desgraciada mujer, sorprendida, envía á buscar á su marido á la Cámara; pero como esto estaba previsto, su marido en aquel momento ocupaba la tribuna. La mujer suda de congoja, procura ingeniárselas y contesta como sabe.

—Vuestro canciller os dirá el resto—exclamó Octavia riéndose al ver la contrariedad del rey.

Aunque falso, este artículo hería en lo más vivo al ministro, á su mujer y al rey. Según se dice, el inventor de esta anécdota fué Lupeaulx, á quien Finot le guardó siempre el secreto. Este ocurrente y mordaz artículo fué la comidilla de los liberales, y hasta Luciano llegó á celebrarlo, sin ver en él otra cosa que una ingeniosa mentira.

Al día siguiente, el poeta fué á buscar á Lupeaulx y al barón del Chatelet. El barón iba á dar las gracias á Su Excelencia, pues había sido nombrado consejero de Estado y conde, con la promesa de la prefectura del Charente tan pronto como el prefecto actual alcanzase los pocos meses que necesitaba para completar el tiempo que le daba derecho el máximum del retiro. El conde del Chatelet tomó á Luciano en su coche y lo trató como á igual. Sin los artículos de Luciano, tal vez no habría logrado sus deseos tan pronto, pues la persecución de los liberales había sido para él una especie de pedestal. Lupeaulx estaba en el ministerio, en el despacho del secretario general. Al ver á Luciano, este funcionario dió un salto de asombro y miró á Lupeaulx.

—¿Cómo se atreve usted á venir aquí, caballero?—dijo el secretario general á Luciano estupefacto.—Su Excelencia ha desgarrado la real orden que estaba á la firma.

Mírela usted—añadió enseñándole el papel roto.—El ministro ha querido conocer al autor del terrible artículo de ayer, y he aquí el original del número—dijo el secretario general tendiendo á Luciano las cuartillas de su artículo.—Caballero, usted se dice realista, y es colaborador de ese infame periódico que hace encanecer á los ministros. Usted almuerza de *El Corsario*, de *El Espejo*, de *El Constitucional* y de *El Correo*, come de *El Cotidiano* y del *Despertar*, y cena usted con Martainville, que es el antagonista más terrible del ministerio y que empuja al rey hacia el absolutismo, lo cual le llevaría á una revolución tan pronto como si se entregase á la extrema izquierda. Es usted un periodista muy distinguido; pero no será usted nunca político. El ministro ha dicho que usted era el autor del artículo al rey, el cual, en medio de su cólera, le ha soltado una filípica al señor duque de Navarreins, primer hidalgo de servicio. Se ha creado usted enemigos tanto más poderosos, cuanto que le eran favorables. Lo que en un enemigo parece natural, es espantoso en un amigo.

—Pero, querido mío, es usted un chiquillo—dijo Lupeaulx.—Me ha comprometido usted. Las señoras de Espard, de Montcornet y de Bargetón, que habían respondido de usted, deben estar furiosas. El duque ha debido hacer recaer su cólera en la marquesa, y ésta habrá reñido á su prima. No vaya usted á verlas: espere.

—Aquí está Su Excelencia. ¡Váyase!—dijo el secretario general.

Luciano se encontró en la plaza de Vendome, alelado como hombre á quien acaban de dar un mazazo en la cabeza. Se paseó por los bulevares intentando juzgarse, y acabó por verse juguete de los hombres envidiosos, ávidos y pérfidos. ¿Qué era él en aquel mundo de ambiciones? Un niño que corría tras los placeres y los goces de la vanidad, sacrificándolo todo; un poeta sin reflexión profunda, que iba de luz en luz como una mariposa, sin plan fijo, esclavo de las circunstancias, pensando bien y obrando mal. Su conciencia fué un implacable verdugo. Finalmente, no tenía dinero y se veía agobiado de trabajo y de dolor. Sus artículos sólo eran admitidos después de los de Merlín y Nathán.

Pensando en todo esto, sumido en sus reflexiones, iba á la ventura, cuando vió un anuncio en el cual brillaban las palabras: *Por D. Luciano Chardón de Rubempré*, debajo de

una obra cuyo título le era desconocido. Al ver aquello, comprendió que su *Arquero* había aparecido sin que él supiese nada y sin que los periódicos hubiesen dado cuenta, y permaneció con los brazos caídos é inmóvil, sin fijarse en un grupo de elegantes jóvenes formado por de Marsay, Rastignac y algunos otros conocidos suyos. No se fijó tampoco en Miguel Chrestién ni en León Giraud, que se encaminaban hacia él.

—¿Es usted el señor Chardón?—le dijo Miguel con un tono que hizo temblar á Luciano.

—No me conoce usted?—le respondió el poeta palideciendo.

Miguel le escupió en el rostro, diciéndole:

—He aquí los honorarios por sus artículos contra de Arthez. Si todo el mundo imitase mi conducta para defender su causa ó la de sus amigos, la prensa sería lo que debería ser: un sacerdocio respetable y respetado.

Luciano vaciló, apoyándose en Rastignac y de Marsay, al mismo tiempo que les decía:

—Señores, supongo que no se negarán ustedes á servirme de testigos. Pero, ante todo, quiero devolver la injuria, para que el arreglo no sea posible.

Y esto diciendo, Luciano dió una bofetada á Miguel, el cual no se la esperaba.

Los petimetres y los amigos de Miguel se interpusieron entre el republicano y el realista, á fin de que aquella lucha no tomase un carácter populachero. Rastignac cogió á Luciano y lo condujo á su casa, que estaba á dos pasos del lugar en que había ocurrido la escena. Esta circunstancia evitó la aglomeración de gente que suele haber en semejantes casos.

De Marsay fué á unirse, á poco, á Luciano, y junto con Rastignac se fueron á comer alegremente al café Inglés, donde se emborracharon.

—¿Es usted hábil con la espada?—le dijo de Marsay.

—Nunca la he manejado.

—¿Y á pistola?

—Jamás he tirado un tiro.

—Entonces veo que es usted un terrible adversario que podrá matar á su enemigo, porque sólo cuenta con la casualidad—le dijo de Marsay.

Afortunadamente, Luciano encontró á Coralia durmiendo. La actriz había tomado parte de improviso en una pieza,

y alcanzado la revancha obteniendo legítimos y sinceros aplausos. Aquella función, con la que no contaban sus enemigos, determinó al director á darle el papel principal en la pieza de Camilo Maupín, pues acabó por descubrir la causa del fracaso de Coralia en su estreno. Irritado ante las intrigas de Florina y de Nathán para hacer fracasar á una actriz que tanto le convenía, el director había prometido á Coralia la protección de la empresa.

A las cinco de la mañana, Rastignac fué á buscar á Luciano.

—Querido mío, ¡vaya un albergue que tiene usted!—le dijo por todo saludo.—Seamos los primeros en acudir á la cita, pues esto es de buen gusto, y debemos dar el ejemplo.

—He aquí el programa—dijo de Marsay tan pronto como el coche rodó hacia el arrabal de San Dionisio.—Se baten ustedes á pistola, á veinticinco pasos, avanzando á voluntad hasta una distancia de quince. Cada uno puede avanzar cinco pasos y disparar nada más que tres veces; pero, ocurra lo que ocurra, no podrán ustedes salirse de estas condiciones. Nosotros cargaremos las pistolas de su adversario, y los testigos de él cargarán las de usted. Las armas han sido elegidas por los cuatro testigos en casa de un armero, y le aseguro que hemos procurado mejorarle: tiene usted pistolas de caballería.

Para Luciano, la vida se había convertido en un mal sueño, y le era indiferente vivir ó morir. El valor propio del suicida le valió, pues, para mostrarse valiente á los ojos de los espectadores de su duelo, permaneciendo en su sitio sin avanzar. Esta indiferencia fué juzgada como un frío cálculo, y por ello se consideró al poeta muy hábil. Miguel Chrestién llegó hasta su límite. Como los insultos habían sido iguales, los dos adversarios dispararon al mismo tiempo. Al primer disparo, la bala de Chrestién rozó la barba de Luciano, y la de éste pasó diez pies por encima de la cabeza de su adversario. Al segundo disparo, la bala de Miguel rozó el cuello de la levita del poeta, y al tercero, Luciano recibió la bala en el pecho, y cayó.

—¿Ha muerto?—preguntó Miguel.

—No—dijo el cirujano,—se salvará.

—Tanto peor—respondió Miguel.

—¡Oh! sí, tanto peor—repitió Luciano derramando lágrimas.

A las doce del día, aquel desgraciado muchacho se encontró acostado en su cama, siendo precisos cinco horas y grandes cuidados para transportarle á ella. Aunque su estado no ofreciese peligro, exigía precauciones, pues la fiebre podía acarrear peligrosas complicaciones. Coralia procuró acallar su desesperación y sus penas, y mientras su amigo estuvo enfermo, pasó las noches con Berenice estudiando sus papeles. La herida de Luciano duró dos meses. Durante ellos, la pobre actriz desempeñó á veces algún papel que exigía estar alegre, mientras que interiormente se decía:

—¡Tal vez en estos momentos se está muriendo mi querido Luciano!

El poeta fué curado por Bianchón, debiendo la vida á la abnegación de este amigo tan vivamente herido, pero á quien de Arthez había confiado el secreto del paso de Luciano, para justificar al desgraciado poeta. En un momento de lucidez, pues Luciano tuvo una fiebre nerviosa muy alta, Bianchón, que sospechaba que la declaración de de Arthez fuese algún rasgo de su generosidad, interrogó al enfermo, y Luciano le dijo que no había escrito, acerca del libro de de Arthez, sino el artículo grave y serio insertado en el periódico de Héctor Merlin.

A últimos del primer mes, la casa Fendant y Cavalier presentó balance. Bianchón dijo á la actriz que ocultase á Luciano el percance. La famosa novela titulada *El arquero de Carlos IX*, y publicada con otro extraño título, no tuvo éxito. Para procurarse dinero antes de presentar balance, Fendant había vendido esta obra á espaldas de Cavalier á abaceros que la revendieron á bajo precio. En aquel momento, el libro de Luciano guarnecía los parapetos de los muelles y de los puentes de París. La librería del muelle de los Agustinos, que había tomado una cierta cantidad de ejemplares de esta novela, perdía una suma considerable á causa de la rápida rebaja de su precio, pues los cuatro tomos, que había comprado á cuatro francos cincuenta cada uno, se daban por cinco francos. El comercio vociferaba y los periódicos continuaban guardando el más profundo silencio. Barbet, que no había previsto tal desenlace y que creía en el talento de Luciano, había adquirido doscientos ejemplares, y la perspectiva de aquella pérdida le hacía decir horrores de Luciano. Al fin, Barbet tomó una decisión heroica; colocó sus ejemplares en un rincón de su almacén,

llevado de la testarudez propia de los avaros, y dejó que sus amigos se desembarazasen de los suyos á bajo precio. Más tarde, en 1824, cuando el hermoso prefacio de Arthez, el mérito del libro y dos artículos escritos por León Giraud, devolvieron su valor á aquella obra, Barbet vendió todos sus ejemplares al precio de diez francos cada uno. A pesar de las muchas precauciones que tomaron, Berenice y Coralia no pudieron evitar que Héctor Merlin fuese á ver á su amigo moribundo y le hiciese beber gota á gota el amargo cáliz comunicándole el fracaso de su libro. Martainville, único que permaneció fiel á Luciano, hizo un magnífico artículo en favor de la obra; pero era tal la rabia de los ministeriales y de los liberales contra el redactor en jefe del *Aristarco*, del *Ori-flama* y de *La Bandera Blanca*, que los esfuerzos de aquel valeroso atleta, que devolvió diez insultos por uno al liberalismo, dañaron á Luciano. Por vivos que fuesen los ataques del valiente realista, ningún periódico recogió el guante de la polémica. Coralia, Berenice y Bianchón cerraron la puerta á todos los titulados amigos de Luciano, los cuales protestaron; pero fué imposible cerrársela á los alguaciles. La quiebra de Fendant y de Cavalier hacía exigibles sus letras, en virtud de una de las disposiciones del Código de comercio, la más atentatoria á los derechos de los terceros, los cuales se ven así privados de los beneficios del plazo. Luciano se vió vigorosamente perseguido por Camusot. Al ver este nombre, la actriz comprendió el terrible y humillante paso que había tenido que dar su poeta, le amó diez veces más y no quiso implorar á Camusot. Yendo á buscar á su prisionero, los guardias del comercio lo encontraron en la cama, y reculando ante la idea de sacarlo, se fueron á casa de Camusot antes de rogar al presidente del tribunal que les indicase la casa de salud en que debía ser depositado el deudor. Camusot acudió inmediatamente á la calle de la Luna, y Coralia bajó, y subió á poco llevando en su poder los documentos que declaraban comerciante á Luciano. ¿Cómo había obtenido ella aquellos papeles de Camusot? ¿Qué promesa le había hecho? Coralia guardó acerca de esto el más profundo silencio; pero subió medio muerta á la habitación. Coralia representó en la pieza de Camilo Maupín y contribuyó mucho á aquel éxito de la ilustre hermafrodita literaria. La creación de aquel papel fué el último resplandor de aquella hermosa lámpara, pues á la vigésima representación, en el momento

en que Luciano, restablecido, comenzaba á pasearse, á comer y á hablar de reanudar sus trabajos, Coralia cayó enferma: una pena secreta la devoraba. Berenice siempre ha creído que, para salvar á Luciano, la actriz había prometido entregarse de nuevo á Camusot. Coralia tuvo la mortificación de ver que daban su papel á Florina, pues Nathán declaraba la guerra al Gimnasio en el caso de que su querida no sucediese á Coralia. Desempeñando su papel hasta el último momento para que su rival no se apoderara de él, Coralia hizo más de lo que podía. El Gimnasio le había hecho algunos anticipos durante la enfermedad de Luciano, y no podía pedir nada á la empresa del teatro. A pesar de su buen deseo, Luciano no estaba aún en situación de trabajar; eso sin contar con que ayudaba á Coralia, á fin de aliviar á Berenice. Aquel pobre hogar llegó, pues, á sentir una miseria absoluta, aunque tuvo la suerte de encontrar en Bianchón un médico hábil que les procuró crédito en casa de un farmacéutico. La situación de Coralia y de Luciano no tardó en ser conocida por los comerciantes y el propietario de la casa. La costurera y el sastre, como no tenían ya al periodista, persiguieron también encarnizadamente á aquellos dos bohemios, y por fin, sólo el farmacéutico y el choricero se prestaron á venderles al fiado. Luciano, Berenice y la enferma se vieron obligados durante una semana á no comer más que cerdo bajo todas las formas ingeniosas y variadas que suelen darle los choriceros. El embutido, que es bastante inflamatorio por sí solo, agravó la enfermedad de la actriz. Luciano se vió obligado por la miseria á ir á casa de Lousteau á reclamarle los mil francos que le debía aquel antiguo amigo, aquel traidor. En medio de sus desgracias, este fué el paso que más trabajo le costó dar. Lousteau no podía ir ya á su domicilio en la calle de la Harpe, dormía en casa de los amigos y se veía perseguido y acorralado como una fiera. Luciano no pudo hallar á su fatal introductor en el mundo literario más que en casa de Flicoteaux, donde Lousteau comía en la misma mesa en que Luciano lo había encontrado, para desgracia suya, el día en que se había alejado de Arthez. Lousteau le invitó á comer, ¡y Luciano aceptó! Al salir de casa de Flicoteaux, cuando Claudio Vignón, que comía allí aquel día, Lousteau, Luciano y el gran desconocido que había ido á vestirse á casa de Samanón, quisieron ir al café de Voltaire á tomar algo, no pudieron reunir entre todos seis rea-

les, á pesar de haber vaciado sus bolsillos. En su consecuencia, callejaron por el Luxemburgo, esperando encontrar algún librero, y, en efecto, á poco vieron al librero más famoso de aquel tiempo, el cual, respondiendo á una demanda de Lousteau, le entregó cuarenta francos. Lousteau dividió la suma en cuatro porciones iguales, y cada escritor tomó la suya. La miseria había extinguido todo orgullo y todo sentimiento en Luciano, el cual lloró ante aquellos tres artistas contándole su situación; pero cada uno de sus compañeros podía contarle un drama tan cruelmente horroroso como el suyo, y una vez que todos hubieron desahogado sus penas, el poeta pudo ver que él era el más desgraciado de los cuatro. Todos tenían, pues, necesidad de olvidar. Lousteau corrió al Palais-Royal á jugarse los nueve francos que le quedaban de los diez que le habían correspondido. El gran desconocido, aunque tenía una querida encantadora, se fué á una vil casa sospechosa á sumirse en el lodazal de las voluptuosidades peligrosas. Vignón se fué al Petit Rocher de Cancale con objeto de beber allí dos botellas de vino de Burdeos, para abdicar de su razón y de su memoria. Luciano dejó á Claudio Vignón en la puerta de la fonda, negándose á acompañarle. El apretón de manos que el gran hombre de provincias dió al único periodista que no le había sido hostil, fué acompañado de una horrible opresión de corazón.

—¿Qué hacer?—le preguntó.

—En la guerra como en la guerra—le dijo el gran escritor.—Su libro es bueno, pero le ha creado enemigos, y la lucha será larga y difícil. El genio es una enfermedad horrible. Todo escritor lleva en su corazón un monstruo que, al igual que la tenía en el estómago, le va devorando los sentimientos á medida que entran. ¿Quién triunfará? ¿La enfermedad del hombre, ó el hombre de la enfermedad? Es indudable que se necesita ser un gran hombre para equilibrar el genio y el carácter. El talento aumenta y el corazón se seca, y á menos de ser un coloso ó de tener hombros de Hércules, hay que quedar sin corazón ó sin talento. Usted es débil y enclenque, y sucumbirá—añadió entrando en la fonda.

Luciano volvió á su casa meditando acerca de esta horrible sentencia, cuya profunda verdad le hacía ver con claridad la vida literaria.

—¡Dinerol!—le gritaba una voz.

Hizo él mismo á su orden tres letras de mil francos cada una, á dos y tres meses vista, imitando con gran perfección la firma de David Sechard; puso luego el endose, y al día siguiente las llevó á casa de Metivier, fabricante de papel de la calle de Serpente, el cual se las descontó sin ninguna dificultad. Luciano escribió algunas líneas á su cuñado previniéndole de aquel ataque á su caja, y una vez pagadas sus deudas y las de Coralía, quedaron trescientos francos, que el poeta entregó á Berenice, rogándole que no le diese dinero aunque se lo pidiese, pues temía que se apoderase de él el deseo de ir al juego. Animado por una rabia sombría, frío y taciturno, Luciano se puso á escribir sus más geniales artículos, al resplandor de una lámpara, mientras velaba á Coralía, y cuando meditaba, veía á aquella adorable criatura, blanca como la nieve, dotada de la belleza de los moribundos, sonriéndole con sus labios pálidos y mostrándole dos ojos brillantes como los de todas las mujeres que sucumben más bien por la pena que por la enfermedad. Luciano enviaba sus artículos á los periódicos; pero como no podía ir él mismo á la redacción para atormentar á los redactores en jefe, los artículos no se publicaban. Cuando se decidía á ir al periódico, Teodoro Gaillard, que le había hecho anticipos y que se aprovechó más tarde de aquellos diamantes literarios, le recibía fríamente diciéndole:

—Tenga usted cuidado, querido mío, no se deje usted abatir, porque veo que se le agota el ingenio.

—Ese pequeño Luciano no llevaba en el vientre más que su novela y sus primeros artículos—exclaman Feliciano Vernou, Merlín y todos los que le tenían odio, cuando se hablaba de él en casa de Dauriat ó en el Vaudeville.—Nos manda unas cosas infernales.

*No llevar nada en el vientre*, frase propia de la jerga periodística, constituye una sentencia soberana de la que es difícil apelar una vez que ha sido pronunciada. Esta frase, repetida en todas partes, mataba á Luciano sin que él lo supiese, pues el pobre tenía otras preocupaciones que le embargaban por completo. En medio de sus horribles trabajos, el poeta se vió perseguido por la falsificación de las letras de David Sechard, y entonces tuvo que recurrir á la experiencia de Camusot. El antiguo amigo de Coralía tuvo la generosidad de proteger á Luciano. Aquella horrible situa-

ción duró dos meses. A principios de agosto, Bianchón dijo al poeta que Coralía estaba perdida, y que sólo le quedaban algunos días de vida. Berenice y Luciano pasaron aquellos fatales días llorando, sin poder ocultar sus lágrimas á aquella pobre muchacha que sentía morir porque perdía á su poeta. Obedeciendo á un cambio extraño, Coralía exigió á Luciano que le llevase un sacerdote. La actriz quiso reconciliarse con la Iglesia, murió en paz, tuvo un fin cristiano, y su arrepentimiento fué sincero. Aquella agonía y aquella muerte acabaron de quitar la fuerza y el valor á Luciano. El poeta cayó en profundo abatimiento, y permaneció sentado en un sofá, á los pies de la cama de Coralía, sin cesar de mirarla, hasta el momento en que la mano de la muerte acudió á cerrar los ojos de la actriz. Eran, á la sazón, las cinco de la mañana. Un pájaro fué á posarse sobre los tientos de flores que había en el balcón, y gorjeó algunos cantos. Berenice, arrodillada, besaba la mano de Coralía, que iba enfriándose con sus lágrimas. Quedaban cincuenta y cinco céntimos sobre la chimenea, y Luciano salió empujado por una desesperación que le aconsejaba que pidiese limosna para enterrar á su querida, ó que fuese á arrojarle á los pies de la marquesa de Espard, del barón de Chatelet, de la señora de Bargetón, de la señorita de Touches, ó del terrible petimetre de Marsay: en aquel momento se sentía sin fuerzas y sin orgullo, y sin vacilaciones hubiera sentado plaza de soldado. En esta actitud abatida y descompuesta que conocen los desgraciados, el poeta llegó hasta el palacio de Camilo Maupin, entró en él sin fijarse en el desorden de sus ropas, y pidió á los criados que entrasen á rogarle que le recibiese.

—La señorita se ha acostado á las tres de la madrugada, y nadie se atreverá á entrar en su habitación á despertarla—respondió el ayuda de cámara.

—¿A qué hora les llama?

—Después de las diez siempre.

Entonces Luciano escribió una de esas cartas espantosas en las que no ahorran nada los indigentes elegantes. Una noche, cuando Lousteau le hablaba de peticiones hechas por jóvenes de talento á Finot, Luciano ponía en duda la posibilidad de semejantes bajezas, y en aquel momento su pluma tal vez le llevaba más allá de los límites en que el infortunio había sumido á sus predecesores.

Vagando como un imbécil por los paseos, sin sospechar siquiera la horrible obra maestra que acababa de dictarle la desesperación, Luciano encontró á Barbet, y le dijo tendiéndole la mano:

—Barbet, ¿quinientos francos?

—No, doscientos—respondió el librero.

—¡Ahl! ¿luego tiene usted corazón?

—Sí, pero también tengo negocios; y ya que me hace usted perder mucho dinero, hágame ganar alguno—dijo después de haberle contado la quiebra de Fendant y Cavalier.

Luciano tembló.

—Como es usted poeta, debe usted saber hacer toda clase de versos—dijo el librero continuando.—En este momento, necesito canciones verdes para mezclarlas con algunas otras tomadas de diferentes autores, á fin de no ser perseguido como plagiarlo, y de poder vender en las calles un bonito tomo de canciones á dos reales. Si quiere usted enviarme mañana diez buenas canciones populares, verdes, ¿comprende usted? yo le daré doscientos francos.

Luciano volvió á su casa, y allí encontró á Coralia rígida, tendida sobre un catre y envuelta en una mala sábana que costá Berenice llorando. La gruesa normanda había encendido sendas bujías en los cuatro extremos de aquella cama. En la cara de Coralia brillaba ese resplandor de belleza que tan elocuentemente habla á los vivos expresándoles una calma absoluta. Había momentos en que parecía que aquellos dos violáceos labios iban á abrirse para murmurar el nombre de Luciano, nombre que, unido al de Dios, había precedido á su último suspiro. Luciano dijo á Berenice que fuese á encargár á la funeraria un entierro que no costase más de doscientos francos, y en el cual fuese incluida también la conducción á la iglesia de la Buena-Nueva.

Tan pronto como Berenice hubo salido, el poeta se puso á trabajar al lado del cuerpo de su pobre amiga, y compuso las diez canciones que exigían ideas alegres y aires populares. Antes de poder trabajar, sufrió inauditas penas; pero acabó por lograr que su inteligencia obedeciese á la necesidad, cual si no hubiese sufrido. El pobre poeta empezaba ya á practicar la terrible sentencia de Claudio Vignón acerca de la separación que tiene lugar entre el corazón y la cabeza. ¡Qué terrible noche no sería aquella en que aquel pobre muchacho se entregaba á la poesía ligera y libre, escri-

biendo al resplandor de los cirios, al lado del sacerdote que rogaba por Coralia! Al día siguiente por la mañana, Luciano, que había acabado su última canción, procuraba adaptarla á un aire que estaba entonces de moda; y al oírle cantar, Berenice y el cura temieron que se hubiese vuelto loco.

En el momento en que el poeta acabó de cantar su última estrofa, Bianchón y de Arthez entraron y lo encontraron en el paroxismo del abatimiento, derramando un torrente de lágrimas, y sin fuerzas para poner en limpio sus versos. Cuando hubo explicado, en medio de sollozos, su situación, el poeta vió que las lágrimas nublaban los ojos de los que le escuchaban.

—Esto borra muchas faltas—dijo de Arthez.

—Bienaventurados los que encuentran el infierno aquí abajo—dijo gravemente el sacerdote.

¡El espectáculo de aquella hermosa muerta sonriendo á la eternidad, la vista de su amante comprándole una tumba con el producto de sus versos, Barber pagando un ataúd, aquellos cuatro cirios en torno de aquella actriz cuyas enaguas y medias rojas hacían palpar poco antes á toda una sala, y después, en la puerta, el sacerdote que la había reconciliado con Dios volviendo á la iglesia para decir á Dios la misa en favor de la que tanto había amado Luciano! Estas grandezas y estas infamias, estos dolores aliviados por la necesidad helaron al gran escritor y al gran médico, que se sentaron sin poder decir palabra. Un criado apareció y anunció á la señorita de Touches. Esta hermosa y sublime muchacha lo comprendió todo, se dirigió á Luciano, le estrechó la mano, y depositó en ella dos billetes de mil francos.

—Ya no es tiempo—dijo el poeta dirigiéndole una mirada de moribundo.

De Arthez, Bianchón y la señorita de Touches no dejaron á Luciano hasta después de haber calmado su desesperación con las palabras más cariñosas; pero todos los consuelos fueron inútiles. A las doce, todo el cenáculo, menos Miguel Chrestien, acudió á la pequeña iglesia de la Buena Nueva, así como Berenice y la señorita de Touches, dos comparsas del Gimnasio, la mujer que vestía á Coralia y el desgraciado Camusot. Todos los hombres acompañaron á la actriz al cementerio del Padre Lachaise. Camusot, que lloraba á

lágrima viva, juró solemnemente á Luciano comprar un terreno á perpetuidad para hacer construir en él una columnata en la cual se grabaría: CORALIA, y debajo: *Muerta á los diez y nueve años* (Agosto de 1822).

Luciano se quedó solo hasta el obscurecer en aquella colina desde la cual sus ojos abrazaban todo París.

—¿Por quién seré amado?—se preguntó.—Mis verdaderos amigos me desprecian. Cualquiera cosa que yo hubiese hecho, siempre le habría parecido noble y buena á la que descansa aquí. ¡Ya sólo me quedan mi hermana, David y mi madre! ¿Qué pensarán de mí allá abajo?

El pobre gran hombre de provincias volvió á la calle de la Luna, donde sus impresiones fueron tan vivas al ver la habitación vacía, que tuvo que ir á albergarse á una mala posada de la misma calle. Los dos mil francos de la señorita de Touches, en unión del producto del mobiliario, sirvieron para pagar todas las deudas. A Berenice y á Luciano les quedaron cien francos á cada uno, con los cuales vivieron los dos meses que Luciano pasó en un completo anonadamiento: no podía escribir, ni pensar, y se dejaba llevar de tal modo de su dolor, que Berenice se sintió apiadada de él, y respondiendo á una exclamación de Luciano que pensaba en su hermana, en su madre y en David Sechard, le dijo:

—Si vuelve usted á su país, ¿cómo irá?

—A pie—le respondió el poeta.

—Pero aun así, necesita usted algo para poder comer y dormir por el camino. Si anda usted doce leguas diarias, necesita usted, lo menos, veinte francos.

—Los tendré—dijo el poeta.

Y acto continuo, tomó toda su ropa, sin reservarse más que lo estrictamente necesario, y se fué á casa de Samanón, el cual le ofreció veinte francos por su miserable ajuar. El poeta le suplicó al usurero que le diese, al menos, la cantidad necesaria para tomar la diligencia; pero no pudo lograrlo. Llevado de su rabia, Luciano se encaminó á toda prisa á casa de Frascati, probó fortuna, y salió de allí sin un céntimo. Cuando volvió á su miserable cuarto de la calle de la Luna, pidió á Berenice el chal de Coralía. Por algunas miradas, y por la declaración que hizo Luciano de que había perdido en el juego, la buena muchacha comprendió cuáles eran los designios de aquel pobre poeta desesperado: quería ahorcarse.

—¿Está usted loco, señorito? Vaya usted á dar un paseo, vuelva á las doce de la noche, y entonces podré yo darle dinero; pero quédese en los paseos, no vaya á los muelles.

Luciano vagó por los paseos, ebrio de dolor, contemplando con sombría mirada á los transeúntes, al verse solo y empequeñecido entre aquella multitud que pululaba azotada por los mil intereses parisienses. Trasladándose con el pensamiento á las orillas del Charente, sintió sed de los goces de la familia, y entonces tuvo uno de esos momentos de fuerza que engañan á todas las naturalezas semi femeninas, no quiso abandonar la partida sin haber desahogado su corazón en el corazón de David Sechard, y pedir consejo á aquellos tres ángeles que le quedaban. Callejeando, vió á Berenice endomingada, hablando con un hombre en el fangoso bulevar de la Buena Nueva, esquina á la calle de la Luna.

—¿Qué haces aquí?—dijo Luciano asustado ante las sospechas que le hizo concebir el aspecto de la normanda.

—Aquí tiene usted veinte francos que pueden costar muy caros; pero al menos usted podrá marcharse—respondió la muchacha deslizando cuatro duros en la mano del poeta.

Berenice huyó sin que Luciano pudiese saber por dónde; pues podemos decirlo para alabanza suya, aquel dinero le quemaba las manos y quería devolverlo; sin embargo, se vió obligado á guardarlo como el último estigma de la vida parisiense.